

EL SUCRE DE BOLIVAR

Escribe CARLOS LOPEZ NARVAEZ

Aquella suerte de clarividencia que informaba y conducía por igual el espíritu y el brazo de Simón Bolívar fue seguramente lo que lo impulsó también para ofrecer, en nombre de la Libertad y de la Gloria, una anticipada reparación al más completo de sus capitanes. al más glorioso de sus generales. Anticipada reparación, decimos, porque aquel apólogo biográfico, escrito con ocasión de la jornada creadora de Bolivia y del propio puño que trazara las rutas emancipadoras, más que la hoja de servicios del Gran Mariscal de Ayacucho, resultó siendo la anticipada oración del Padre para el más preclaro y fiel de sus apóstoles, cinco años y medio antes de que cayera, no sobre las colinas arropadas de sangre y de epopeya, sino en lóbrego sitio donde el crimen atisbó dos veces con sus ojos sin párpados y sus vahos letales.

“Un sumario maestro de una pluma maestra” es el título que aquellas páginas consagradorias han recibido del gran soldado norteamericano, Coronel William Sherwell, en uno de los mejores libros que a lo largo de biografías mínimas y módicas, hasta lo presente, haya recogido la trayectoria de aquella figura de alabastro que irradió en las alturas de Yaguachí, Pichincha y Junín antes de la suprema transfiguración en las del Condorcanqui.

Cada vez que se relée lo escrito por Simón Bolívar sobre el Mariscal, vale decir por el Magno sobre su Roldán, resalta más nítido el perfil moral que la propia estampa épica del héroe. Eran los días en que el valor ciego, la audacia sin barreras, el denuedo martirizado, la hazaña imposible, el ímpetu suicida, abrían la senda y formaban el cortejo cotidiano a los pasos libertadores. Se vivía, se batallaba, y paradójicamente, se moría, por un insosegable instinto de conservación emancipada y emancipadora; era como un delirio de evasión heroica. Más que en las mentes y en las conciencias de la muchedumbre combatiente a la voz de Bolívar, el ideal pulsaba en los brazos que blandían los lanzones, y en las manos y el pecho que sostenían o donde se afianzaban los fusiles. Pero el alma y sus más altas potencias —palomas bajo los aleros del fragor— soterrábanse despavoridas, y en los pliegues más recónditos iban a morir o quedaban ambotadas.

La envidia, baja y ciega, tendía puentes y prestábale reductos a la in-subordinación; los recelos armaban el brazo de la deslealtad; ingratitud y rencor repartían puñales a la traición y al crimen. Piar, Córdoba, Padilla, Infante, Sardá, Guerra, Páez, Santander, Obando, pasean sus sombras vestidas con púrpuras alternas de honor y de ludibrio, de majestad y de expiación, bajo los tenebrarios de la gesta. Único entre todos, el Efestión bolivariano discurre por los Campos Eliseos ciñendo clámide sin mancha ni más estigmas de sangre que los que marcan los puntos por donde huyó el alma de aquel que cruzó, con ella inmaculada, la tierra de los hombres.

Con acentos de justicia y de amor, con fervor admirativo, Bolívar levanta el canto espiritual de Sucre empezando por el combatiente:

“Se encontraba siempre al lado de los más audaces destrozando ejércitos contrarios con tres o cuatro compañías de voluntarios. Era el alma del ejército en que servía. La Grecia no ofrece prodigios mayores”.

El hombre de pensamiento incorruptible le arraca estas voces: “En medio de las combustiones que necesariamente nacen de la guerra y de la revolución, el General Sucre se halla frecuentemente de mediador, de consejero, de guía, sin perder nunca de vista la buena causa y el buen camino. Era el azote del desorden, y sin embargo, el amigo de todos”.

Paradigma de lealtad y de amor patrio, “...cuando los partidos domésticos encendían los espíritus —dice Bolívar— Sucre quedaba entre la tempestad, semejante a una roca combatida por las olas, clavados los ojos en la patria, y sin perder, no obstante, el aprecio y el amor de los que combatía”.

Para aquel corazón magnánimo, el artífice de cinco naciones labró esta urna simbólica: “Negoció el armisticio y la regularización de la guerra con Morillo en 1820. Este tratado es digno del alma del General Sucre; la benignidad, la clemencia, el genio de la beneficencia lo dictaron: él será eterno, como nombre del vencedor de Ayacucho”.

Para el oído de los hombres de bien, así en su época como en la posteridad, el superhombre contra quien se afilaron y enfilaron los puñales “septembrinos”, hizo de Sucre este apólogo tan atrevido como estremeedor: “Los pueblos veían en él su libertador, su amigo; y se mostraban más satisfechos del jefe que les era destinado que de la libertad misma que recibían de sus manos”.

Nos detalla el Libertador en esas páginas cómo a la inversa de lo corriente —¡desde entonces, preocupación mayor por los honores que por el honor!— Sucre denegábase a los encarecimientos de que ocupara posiciones de lumbrosa altura como no fuera el caso de afrontar ponderosas responsabilidades o la perentoria solución de una catástrofe a la vista. Así lo cumple, cuando se le requiere para el comando unitario de los dislocados ejércitos del sur en la defensa de El Callao; cuando implora al Jefe Supremo lo exima de intervenir en la campaña contra Riva-Agüero, el mezquino, el atroz difamador erigido en rival del sér pulquérrimo en el Gobierno Supremo del Perú. Un decoro intransigente lleva a Sucre a evitar que

se le coloque en oportunidad de cobrarle directa o indirectamente a su falaz contrahombre toda la baja de unas imputaciones de ambición y deslealtad. Prefiere, antes, todo demérito externo; jamás querrá tiznar con personalismos, así sean aparentes, los límpidos blasones de su hoja de soldado y de patricio.

Y es el mismo prohombre de la Carta de Jamaica y del Mensaje de Angostura el que como testigo presencial le detalla al orbe americano la obra del Sucre estadista: transformación de los pueblos del Alto Perú en República de Bolivia, desde el rescate no solo contra España sino contra cualquier intento limitrofe, hasta la dotación de los más sutiles resortes que muevan con garantía de firmeza el organismo nacional. Tras la redención, la lección objetiva para el ejercicio ecuménico de la capacidad civil, convocando la Asamblea General de Chuquisaca en julio de 1825, aun contra el parecer adverso del propio Bolívar en ciertos aspectos.

Los ineludibles poderes dictatoriales a un creador de nacionalidades, Sucre los ejerce con la máxima restricción para organizar la hacienda pública, el plan tributario, las redes viales, las obras públicas, la justicia con responsabilidad anexa, y una completa desvinculación entre la política administrativa y la de libre ejercicio ciudadano.

Sin que a nadie se le ocurra tildarlo de jacobino ni de clerófono, a causa de algunas instituciones pías no indispensables y de una buena cantidad de conventos mínimos, no menos innecesarios, encuentra soluciones al problema de la educación pública. Se adentra en cuestiones delicadas del culto y su fomento; pero lo hace en forma tan correcta y benéfica que, lejos de enfrentar los poderes terrenales, recibe en todo la aprobación plenaria y la bendición del Pontificado.

Las comunicaciones, la cuestión social bajo las especies de la asistencia y la beneficencia, el fomento de industrias propias, como la minería, fueron plantas sembradas de sus manos y regadas por el caudal de su inteligencia, con voluntad y visión de estadista.

Finalmente, una ley de la paródica, de la edificantemente insólita dictadura del primer Presidente de Bolivia, imponía que en el pago de los sueldos del servicio público se empezara por los más humildes —(como quien dice los porteros de que hablara con inversa ironía el señor Caro)— a fin de que, caso de déficit en las arcas del erario, el afectado fuera, en último término, el mayor de los sueldos: el del Jefe del Estado. Solo estimando que una práctica administrativa de esa especie se contraponía al concepto moderno del hombre de Estado, podría ser Sucre supeditado como tal por algún otro jefe supremo o General Presidente, y aún Libertador, o que por tal se tuviera.

Tampoco fue menos Bayardo que Córdoba: la diferencia consiste en que el Alcibiades neo-granadino lo era en la acción, al paso que Sucre lo era en la concepción y los despliegues tácticos. Y fue émulo de Páez en homéricas jornadas, porque a igual nivel levanta la gloria su oleaje en las Queseras del Medio, que desde los abismos, torrenceras y farallones escalados por los soldados de Colombia con Sucre a la cabeza, para ir a

someter la tozuda contumacia realista del sur. O al paso del ejército en aquella campaña, desde Cotabamba hasta Humananga “Operación insigne —la califica Bolívar— comparable a lo más grande que presenta la historia militar; corta pero terrible campaña que merece un César que la describa”.

Sin embargo no puede remitirse a duda que en ese himno, elevado desde el corazón y la mente y dilatado por la pluma del Libertador, hubo el propósito sin velos de que el espíritu y la hombría selectísima del gran Mariscal de Ayacucho fulgieran entre la legión prócer, como fulge un metal de aleación maravillosa, posible solo en la divina alquimia frente a otras amalgamas contradictorias, de cambiante ley, de fatuos y falaces relumbrones.